

Frederick B. Meyer

ELÍAS:

El portavoz del celo de Dios

Parte 2

Ediciones Tesoros Cristianos

PREFACIO

Para nosotros es un privilegio compartir con el cuerpo de Cristo un volumen de la apreciada y valorada serie de biografías de personajes bíblicos escrita por el gran evangelista y prolífico autor bautista inglés de finales del Siglo XIX F. B. Meyer.

Autor de numerosos libros, maestro notable de las Escrituras. Un don dado a la iglesia de Cristo. Uno de los principales exponentes del movimiento Higher Life (Vida Superior), y por más de 20 años expositor de la Conferencia de Keswick.

Spurgeon decía de él: «Meyer predica como un hombre que ha visto a Dios cara a cara».

INDICE

Capítulo 10	
La caída de los poderosos.....	4
Capítulo 11	
La benevolencia es mejor que la vida.....	7
Capítulo 12	
El silbo apacible.....	10
Capítulo 13	
Ve, vuélvete.....	13
Capítulo 14	
La viña de Nabot.....	16
Capítulo 15	
Recuperando el valor.....	20
Capítulo 16	
Oración vespertina.....	24
Capítulo 17	
El traslado.....	27
Capítulo 18	
Porciones del espíritu de Elías.....	30
Capítulo 19	
La transfiguración.....	33
Capítulo 20	
Lleno del Espíritu Santo.....	37

Capítulo 10

La caída de los poderosos

Bajo la tempestad que empapaba, con la cual terminó el día memorable de la convocación, el rey y el profeta llegaron a Jezreel. Tal vez fueron los primeros que llevaron noticias de lo que había acontecido. Elías se fue a algún humilde hospedaje para buscar alojamiento y comida; mientras Acab se retiró a su palacio donde Jezabel lo esperaba.

Todo el día se había estado preguntando la reina cómo estarían marchando las cosas en el monte Carmelo. Ella abrigaba la febril esperanza de que sus sacerdotes habían ganado el desafío del día, y cuando vio que las nubes de lluvia comenzaban a asomarse en el firmamento, atribuyó el deseado fenómeno a la interposición de Baal, en respuesta a las plegarias de sus profetas...

¡Cuál no sería su estupefacción cuando escuchó la verdadera historia de labios de Acab!

«Acab dio a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había matado a espada a todos los profetas» (1 R. 19:1). La ira de Jezabel no tuvo límites. Acab era sensual y materialista; si sólo tenía lo suficiente para comer y beber, y los caballos y mulas estaban bien cuidados, él se sentía contento. Según su criterio, no había mucho que escoger entre Dios y Baal. Pero Jezabel no era así. Ella era tan resuelta como él indiferente. Astuta, sin escrúpulos e intrigante, ella moldeaba a Acab según su capricho.

Para Jezabel la crisis era muy grave. Tanto la indignación como la política la impulsaron a actuar de inmediato. Si se permitía que se difundiera esta reforma nacional, se frustraría todo aquello por lo cual ella había estado trabajando a través de los años.

Ella tenía que dar el golpe, y darlo de una vez. Así que esa misma noche, en medio de la violencia de la tempestad, envió un mensajero a

Elías para que le dijera: *«Así me hagan los dioses, y aún me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos»* (vs. 2).

Ese mensaje delata a la mujer. Ella no se atrevía a matarlo, aunque fácilmente estaba a su alcance; así que se conformó con amenazarlo. Tenía pensado exiliarlo del país, a fin de quedar libre para reparar el daño que él había causado. Y, aunque es triste decirlo, en esto tuvo ella mucho éxito.

La presencia de Elías no había sido nunca tan necesaria como entonces. La obra de destrucción había comenzado y el pueblo estaba en un estado de ánimo para llevarla hasta sus últimas consecuencias. La marejada se había vuelto, y ahora estaba a favor de Dios. Pero, sorprendentemente, leemos que Elías *«se levantó y se fue para salvar la vida»*.

Acompañado por su criado, y bajo la cubierta de la noche, se apresuró a salir en medio de la tormenta a través de las montañas de Samaria; y no disminuyó la velocidad hasta que hubo llegado a Beerseba. Allí estaba seguro; pero ni siquiera allí pudo permanecer, de modo que se metió en aquel indómito desierto que se extiende por el sur hasta el Sinaí.

Siguió su camino durante horas y horas de fatiga y bajo el ardiente sol. El ardiente suelo le hacía ampollas en los pies. Allí no había cuervos, ni estaba el arroyo de Querit, ni Sarepta. Al fin, la fatiga y la angustia agotaron su fuerza vigorosa, y se echó bajo la sombra de un pequeño arbusto, un enebro, y le pidió a Dios que le quitara la vida: *«Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres»* (vs. 4).

¡Oh, qué hubiera ocurrido si tan sólo Elías se hubiera mantenido firme! Hubiera podido salvar a su país y no hubiera habido necesidad de cautividad ni de dispersión para su pueblo. Los siete mil discípulos secretos se hubieran atrevido a salir de sus escondites y a mostrarse, y hubieran constituido un núcleo de corazones leales, los cuales hubieran sustituido a Baal por Jehová. Y el propio carácter de Elías habría escapado de una mancha cuya memoria aún permanece.

Con frecuencia los santos bíblicos fallan precisamente donde nosotros esperaríamos que estuvieran firmes. Abraham fue el padre de los creyentes, pero su fe falló cuando descendió a Egipto y mintió a Faraón con respecto a su esposa. Moisés fue el hombre más humilde de todos, pero perdió la entrada a Canaán por su única falta. De la misma manera Elías demostró que él fue en verdad un hombre *«sujeto a pasiones semejantes a las nuestras»*.

¡Qué prueba la que tenemos aquí sobre la veracidad de la Biblia! Si hubiera sido sólo obra del ingenio humano, sus autores habrían evitado presentar el fracaso de uno de sus héroes principales. ¿No hay siquiera un rayo de consuelo que se pueda reflejar del triste espectáculo de la caída de Elías? De no haber sido por la claridad con que se presenta aquella mancha en su vida, habríamos pensado siempre que él fue un individuo completamente distinto de nosotros, y que, por tanto, no podría ser modelo en ningún sentido.

Pero ahora, cuando lo vemos tendido bajo la sombra del enebro pidiéndole a Dios que le quite la vida, pensamos que él fue lo que llegó a ser sólo por la gracia de Dios, que había de triunfar por fe. Y con una fe similar, también nosotros podemos apropiarnos de una gracia semejante que ennoblezca nuestras vidas.

Ciertamente, Elías estaba agotado física y mentalmente. Consideremos la tremenda tensión a que había estado sometido desde que salió del refugio tranquilo del hogar de Sarepta. La emoción prolongada de la convocatoria real, la matanza de los sacerdotes, la intensidad de su oración, la distancia de casi treinta kilómetros que cubrió en veloz carrera delante de la carroza de Acab, seguido todo de la apresurada huida, sin ocasión de descanso hasta que se tiró a la arena del desierto, todo ello había dado como resultado el agotamiento total. La reacción natural fue un intenso sufrimiento.

Su soledad lo hizo profundamente sensible: «...*sólo yo he quedado*» (vs. 10). Hay hombres que nacen para la soledad. Es el castigo de la verdadera grandeza. En tales condiciones el espíritu humano puede fallar a menos que sea sostenido por un propósito heroico y por una fe inquebrantable.

La fe siempre prospera cuando Dios ocupa todo el campo de visión; pero cuando a Elías le llegaron las amenazas de Jezabel, se nos dice de la manera más significativa que «viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida». Así, Elías apartó la mirada de Dios hacia las circunstancias.

Neguémonos a fijarnos en las circunstancias aunque pasen delante de nosotros como un Mar Rojo y bramen alrededor como una tempestad. Las circunstancias, las imposibilidades naturales, las dificultades, nada son en la disposición del alma que está ocupada en Dios. Es un gran error decirle a Dios lo que tiene que hacer.

Elías no sabía lo que decía cuando le manifestó que bastaba ya, y que le quitara la vida. Si Dios le hubiera hecho caso, Elías habría muerto bajo una nube; nunca hubiera oído el silbido apacible y delicado; nunca hubiera fundado las escuelas de los profetas, ni hubiera

comisionado a Eliseo para su ministerio; nunca hubiera ascendido al Cielo en una carroza de fuego...

¡Qué gran misericordia demuestra el hecho de que Dios no conteste todas nuestras oraciones! Sin duda, es mejor dejarlo todo al cuidado del sabio y tierno pensamiento de Dios, y aún viviremos para darle las gracias por cuanto Él se negó a satisfacer nuestro deseo cuando, en un momento de desaliento, nos tiramos a tierra y dijimos: «Basta ya».

Capítulo 11

La benevolencia es mejor que la vida

Muchos hemos aprendido algunas de nuestras más profundas lecciones sobre el amor de Dios cuando hemos experimentado la tierna bondad de ese amor en medio de deficiencias y fracasos, como el que empañó la carrera de Elías.

Tal fracaso, como ya vimos, fue en extremo desastroso. Infligió una deshonra duradera en la reputación de Elías, frustró uno de los movimientos más esperanzadores que jamás habían visitado la tierra de Israel; sembró pánico y desilusión en millares de corazones que estaban comenzando a reunir valor, inspirados por su gran celo. Esto derrumbó a los pocos valientes que hubieran podido impedir el descenso en picada de Israel hacia la ruina.

Pero los ojos de Dios siguieron con tierna compasión cada paso de la huida de su siervo a través de las montañas de Samaria. Dios no amó menos a Elías ahora que cuando el profeta se había puesto de pie, entusiasmado por la victoria, junto al sacrificio que ardía.

Y el amor del Señor asumió, si esto fuera posible, un grado más tierno y bondadoso cuando se inclinó sobre su siervo mientras éste

dormía. El amor del Señor se le manifestó a Elías cuando, con el cuerpo agotado por la larga fatiga y el espíritu agotado por la batalla feroz de los sentimientos, se dejó caer y se quedó dormido debajo del enebro.

Y Dios hizo algo más que amarlo. Con tierna solicitud, trató de sanar y restaurar el alma de su siervo para que volviera a adquirir su anterior salud y gozo. A su mandato, un ángel le preparó comida dos veces sobre la arena del desierto, y lo tocó, y lo instó a comer. No hubo reconvenciones, ni palabras de reproche, ni amenazas de despido; sino sólo sueño y comida y bondadosos pensamientos sobre el gran viaje que él tenía intención de hacer a Horeb, el Monte de Dios.

No es difícil creer que Dios nos ama cuando vamos con la multitud a la casa de Dios, con voces de gozo y alabanza, y nos colocamos de pie en el círculo interno iluminado por la luz solar. Pero es difícil creer que Él siente mucho amor por nosotros cuando, exiliada por el pecado, nuestra alma yace abatida dentro de nosotros. No es difícil creer que Dios nos ama cuando, como Elías en el desierto, caemos sin recursos, o como embarcaciones desarboladas y sin timón que se mueven en el vaivén de las olas. Sin embargo, tenemos que aprender a conocer y creer en la constancia del amor de Dios.

Tal vez no lo sintamos. Tal vez imaginemos que hemos perdido todo derecho a Él... ¡Oh, hijo de Dios, que estás en medio de las desdichas de lo que pudo haber sucedido, ánimo! Espera aún en el amor de Dios; confía en Él, entrégate a Él, y aún alabarás a Aquel que es la salud de tu rostro y tu mismo Dios.

El amor de Dios se manifestó con ternura especial por causa de un pecado especial. Nunca leemos que un ángel le apareciera a Elías en Querit o en Sarepta, o que lo hubiera despertado con un toque que a la vez tuvo que haber sido conmovedor y tierno. Los cuervos, los arroyuelos y una viuda le habían servido antes; pero nunca un ángel.

Él había tomado del agua de Querit; pero nunca había tomado agua sacada por las manos de un ángel del río de Dios. Había comido del pan y de la carne que le conseguían los cuervos, y de la comida multiplicada mediante un milagro, pero nunca había comido tortas moldeadas por los dedos de un ángel. ¿Por qué estas pruebas especiales de ternura? Se necesitaba una manifestación especial de amor para convencer al profeta de que él aún era tiernamente amado y para conducirlo al arrepentimiento.

El primer ángel vino de noche, y cuando el ángel del Señor vino la segunda vez probablemente fue al rayar el alba sobre el mundo. Así, en el transcurso de la noche, los ángeles de Dios montaron vigilancia

y guardia alrededor del profeta que dormía. Ninguno de nosotros puede medir el poder de paciencia que hay en el amor de Dios. Nunca se cansa.

Además, dicho amor de Dios se adelanta a la necesidad futura. Este pasaje siempre se destaca como uno de los más maravillosos relacionados con la historia del profeta. Podemos entender por qué Dios le dio una buena alimentación y un buen sueño como los mejores medios para que él recuperara sus facultades. Esto es lo que debíamos haber esperado de Uno que conoce nuestra constitución y recuerda que somos polvo, y que se compadece de nosotros como el padre se compadece de sus hijos. Pero es maravilloso que Dios le proveyera a su siervo todo lo que necesitaría para el largo viaje que lo esperaba: «*Levántate y come, porque largo camino te resta*» (vs. 7).

El viaje lo había emprendido Elías por su propio capricho; era una larga escapada de su propio puesto de responsabilidad y estaba destinada a encontrarse al fin con una grave reprensión: «¿Qué haces aquí, Elías?».

Y, sin embargo, el Señor bondadosamente le dio alimento, con cuya fuerza pudo resistir la fatiga. La explicación de esto tiene que buscarse de nuevo en el tierno amor de Dios. La naturaleza de Elías estaba claramente sobreexcitada.

Sin duda, era él quien había tomado esta decisión de hacer este viaje tedioso hasta el Monte de Dios. Nada lo apartaría de su propósito fijo. Así, pues, Dios previó sus necesidades para el camino, aunque eran las necesidades de un siervo holgazán y de un hijo rebelde. En medio de la ira, Dios se acordó de su misericordia, y lo obsequió con las bendiciones de su bondad, y le impartió, por medio de una sola comida, la fuerza suficiente para una marcha de cuarenta días y cuarenta noches.

Ciertamente, estos pensamientos del amor de Dios impedirían que alguien siguiera por el camino descarriado.

Tal vez, lector, hayas fallado, pero no le tengas miedo a Dios, ni pienses que Él nunca te volverá a mirar. Más bien, lánzate a sus brazos amorosos; dile que lamentas profundamente lo pasado; pídele que te restaure; entrégate a Él de nuevo, y cree que Dios te volverá a usar como vaso escogido.

Capítulo 12

El silbo apacible

Reanimado por el sueño y el alimento, Elías prosiguió su viaje a través del desierto hacia Horeb. Tal vez no haya lugar en la tierra que esté más relacionado con la presencia manifiesta de Dios que ese sagrado monte. Fue allí donde la zarza ardía y no se consumía; allí fue dada la ley; allí pasó Moisés cuarenta días y cuarenta noches a solas con Dios. Era un instinto natural el que llevaba al profeta hacia allí, y el mundo entero no habría podido ofrecerle una escuela más apropiada.

Cuarenta veces vio el profeta la salida y la puesta del sol en el desierto desolado. Al fin llegó a Horeb, el Monte de Dios. Tenemos que considerar la manera en que trató Dios a su hijo decaído y holgazán.

En alguna cueva oscura, en medio de aquellos escarpados precipicios, Elías se alojó y, mientras esperaba en reflexión solitaria, el fuego ardió en su alma. Pero no tuvo que esperar mucho: «*Y vino a él palabra de Jehová*» (vs. 9).

Esa palabra le había venido antes con frecuencia. Le había venido en Tisbe. Le había venido en Samaria, después que le hubo dado su primer mensaje a Acab. Le había venido cuando se secó el arroyo de Querit. Lo había llamado de las soledades de Sarepta al movimiento de la vida activa. Y ahora lo halló en el desierto y le volvió a hablar. Y es que no hay lugar en la Tierra que sea tan solitario, ni cueva tan profunda y oscura, donde la palabra del Señor no pueda descubrirnos y venir a nosotros.

Pero aunque Dios le había hablado a menudo antes, nunca le había hablado en un tono como el de ahora: «*¿Qué haces aquí, Elías?*». El tono era severo y de reproche.

Si el profeta hubiera respondido a aquella pregunta escudriñadora de Dios con vergüenza y dolor, si hubiera confesado que había fracasado y hubiera pedido perdón, si se hubiera lanzado en los brazos piadosos y tiernos de su poderoso Amigo, no hay la menor duda de

que hubiera sido perdonado y restaurado. Pero, en vez de esto, evadió la pregunta divina. No trató de explicar por qué estaba allí, ni qué estaba haciendo.

Más bien decidió insistir en su propia lealtad a la causa de Dios y ponerla en notable relieve al contrastarla con las pecaminosas deserciones de su pueblo: *«He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida»* (vs. 10).

Sin duda, había verdad en lo que él decía. Él estaba lleno de celo y santa devoción por la causa de Dios. Con frecuencia se había lamentado de la degeneración nacional. Sentía profundamente su propio aislamiento y soledad. Pero tales no eran las razones por las que él estaba escondido en ese momento en la cueva.

¡Con cuánta frecuencia nos hace Dios aún esta pregunta! Esto es, cuando una persona dotada de grandes facultades abre un hoyo en la tierra y entierra el talento que Dios le ha encomendado, y luego queda ociosa todo el día...

La vida es el tiempo de trabajar. Hay mucho que hacer. Hay mucho mal que destruir y mucho bien que construir; hay individuos que duan a los cuales hay que dirigir; hay que buscar a los pecadores... ¡Arriba, cristianos, abandonen sus cuevas, y a trabajar! No lo hagan para ser salvos, sino porque son salvos.

Se le ordenó a Elías que saliera y se colocara en la entrada de la cueva. Entonces, Dios le enseñó una bella parábola de la naturaleza. Pronto oyó el sonido de un viento grande y poderoso que rompía los árboles, y en seguida pasó el tornado. Nada podía resistir su furia. Rompía los montes y quebraba las peñas delante de Jehová. Los valles se cubrieron de fragmentos astillados; *«pero Jehová no estaba en el viento»*.

Y cuando se desvaneció el viento, hubo un terremoto. La montaña se movió para allá y para acá, con estremecimientos y crujidos; la tierra se comportaba como si una mano poderosa estuviera pasando por debajo de ella; *«pero Jehová no estaba en el terremoto»*.

Y cuando terminó el terremoto, hubo un fuego. Los Cielos se convirtieron en una llamarada ardiente; el valle de abajo se veía como un inmenso horno de fundición; *«pero Jehová no estaba en el fuego»*.

¡Qué extraño! Ciertamente estos eran los símbolos naturales apropiados de la presencia divina. ¡Pero oigamos! *«Un silbido apacible y delicado»* estaba en el aire: muy apacible, muy delicado; y ese silbido tocó el corazón oyente del profeta. Parecía ser la tierna cadencia del

amor y de la compasión de Dios que había acudido en busca de él. Su música lo sacó de la cueva, hacia cuyos rincones más internos lo habían metido las terribles convulsiones de la naturaleza: «Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la salida de la cueva».

¿Qué significaba todo esto? No era difícil entenderlo. Elías anhelaba mucho que la lealtad de su pueblo hacia Dios fuera restaurada; y con frecuencia él pudo haberse hablado a sí mismo del siguiente modo: «Esos ídolos nunca serán barridos de nuestra tierra, a menos que Dios envíe un movimiento rápido e irresistible como un viento, que apesquere las nubes delante de sí. La tierra nunca puede despertar, a menos que haya un terremoto moral. Tiene que haber un bautismo de fuego».

Y cuando estuvo en el Carmelo, y vio el pánico entre los sacerdotes y el anhelo del pueblo, pensó que ese tiempo -el tiempo señalado- había llegado. Pero todo se había desvanecido. Ese no era el modo escogido por Dios para salvar a Israel.

Entonces Dios le habló mediante esa parábola, como si le dijera: «Hijo mío, tú has estado esperando que Yo conteste tus oraciones con señales sorprendentes y maravillas; y por cuanto no las has visto de manera notoria y permanente, has pensado que no te pongo atención y que estoy inactivo.

Pero Yo no siempre he de ser hallado en estos movimientos grandes y visibles; a mí me gusta obrar de manera tierna, suave e imperceptible; he estado actuando de ese modo; aún estoy actuando así. Y como resultado de mi ministerio quieto y apacible, quedan en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal y cuyas bocas no lo besaron». Sí, ¿y no fue el manso ministerio de Eliseo aquel silbido apacible y delicado que vino después del viento, del terremoto y del fuego de Elías?

Ciertamente la misma naturaleza nos reprende. ¿Quién oye el movimiento de los planetas? ¿Quién detecta la caída del rocío? ¿Qué ojos han sido lesionados al romper las leves ondas de luz del día en las costas de nuestro planeta? En este mismo momento operan alrededor de nosotros las más poderosas fuerzas, pero no hay nada que delate su presencia.

Y lo mismo ocurrió con el ministerio del Señor Jesús. Él no se esforzó, no gritó, no se levantó, no hizo oír su voz en las calles, sino que descendió como las lluvias sobre el césped cortado. Su Espíritu desciende como una paloma cuyas alas no hacen vibrar el aire apacible.

¡Animémonos! Puede que Dios no esté obrando como nosotros esperamos, pero está obrando. Si no en el viento, entonces en la brisa. Si no en el terremoto, entonces en la angustia. Si no en el fuego, entonces en el silbido apacible y delicado.

Es agradable pensar en aquellos siete mil discípulos que sólo Dios conocía. Algunas veces nos sentimos tristes al comparar el escaso número de los que profesan el cristianismo con las masas de impíos. Pero podemos animarnos: hay aún otros cristianos.

Capítulo 13

Ve, vuélvete

Es muy serio pensar que un solo pecado, en lo que concierne a este mundo, puede destruir para siempre nuestra utilidad. No siempre ocurre así. Algunas veces -como en el caso del apóstol Pedro-, el Señor bondadosamente restaura y comisiona para su obra a aquel que pudiera haber sido considerado como inepto para volver a ocuparse en ella. Pero contra este caso, podemos presentar otros tres...

El primer caso es el de Moisés. Ningún hombre ha sido jamás honrado como lo fue él: «...hablaba Jehová a Moisés cara a cara» (Éx. 33:11).

Sin embargo, por cuanto con sus labios expresó palabras imprudentes, y golpeó la roca dos veces, por incredulidad y pasión, se vio obligado a cumplirla horrible sentencia: «*Por cuanto no creísteis en Mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meterás a esta congregación en la tierra que les he dado*» (Nm. 20:12).

El segundo caso es el de Saúl, el primer infortunado rey de Israel, cuyo reinado se abrió tan favorablemente pero que pronto trajo sobre sí la sentencia de que sería depuesto. Sin embargo, eso se debió a un solo acto.

Alarmado por la prolongada demora de Samuel, y porque el pueblo se le dispersaba, se metió temerariamente de intruso en una función de la cual expresamente se le había excluido, y ofreció el sacrificio con el cual los israelitas estaban dispuestos a prepararse para la batalla. Así, en el mismo comienzo de su reinado, Saúl fue rechazado.

El tercer caso es el de Elías, quien nunca fue reintegrado a la misma posición que había ocupado antes de su huida fatal. Es cierto que se le dijo que volviera por su mismo camino, y se le indicó una tarea que hacer. Pero ese trabajo consistió en ungir a tres hombres: *«Ve, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco; y llegarás, y ungirás a Hazael por rey de Siria. A Jehú hijo de Nimsí ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo hijo de Safat, de Abel-mehola, ungirás para que sea profeta en tu lugar»* (1 R. 19: 15 y 16).

Esas palabras hicieron sonar las campanas que indicaban la muerte de los más acariciados sueños de Elías. Evidentemente, él no era el que iba a libertar a su pueblo de la esclavitud de Baal. Otros tendrían que hacer la obra por él; otro habría de ser profeta en su lugar.

Todos aquellos que entre nosotros ocupan posiciones prominentes, como maestros y dirigentes públicos, bien pueden aprender la lección de estos solemnes ejemplos. Tal vez no todos seamos tentados, como Elías, a la incredulidad y al desánimo. Pero nuestro gran enemigo tiene muchas otras trampas preparadas para nosotros. Cualquiera de ellas puede obligar a Dios a sacarnos de su glorioso servicio; a emplearnos sólo en ministerios más humildes, o para ungir a nuestros sucesores. Él nunca nos echará como hijos; pero, como siervos, sí puede.

¡Tengamos cuidado! Un paso falso, un abandono apresurado de nuestro puesto, un acto de desobediencia, un brote de pasión, cualesquiera de estas cosas puede conducir a nuestro Padre celestial a colocarnos a un lado. Y jamás volveremos a cabalgar sobre la cresta de la ola en movimiento. Otros terminarán la obra que nosotros dejamos inconclusa.

Pero así como hay el peligro hay también suficientes salvaguardas. Que Dios nos pade con el cuchillo dorado de su santa Palabra. Seamos celosos con respecto a cualquier cosa que aparte nuestro corazón del Señor. Tengamos como perpetuo recurso de purificación la sangre que Cristo derramó para la remisión de pecados.

Volvamos a los instrumentos de Dios designados a Elías en el monte Horeb: Hazael, rey de Siria, Jehú, el rudo capitán, y Eliseo, el joven agricultor. Cada uno era tan diferente de los otros dos como era posi-

ble; y, sin embargo, cada uno de ellos era necesario para alguna obra especial en relación con aquel pueblo idólatra. Hazeel estaba destinado a ser la vara de la venganza divina que se aplicaría a Israel sin restricciones. ¡Ah, cruel, en verdad, fue el trato que este hombre les dio! (Véase 2 R. 8:12; 10:32; 12: 3, 17).

Jehú habría de ser el azote de la casa de Acab, de la que no dejaría raíz ni rama. El ministerio de Eliseo habría de ser genial y manso, como la lluvia en verano y como el rocío de la noche; como el ministerio de nuestro mismo Señor, a quien prefiguró, y de quien su nombre era significativa referencia.

Es notable el hecho de que Dios cumple sus propósitos por medio de hombres que sólo intentan obrar de acuerdo con su propio impulso personal. Su pecado no disminuye ni les es condenado por el hecho de que están ejecutando los designios del Cielo; ese pecado aun se destaca con toda su maligna deformidad. Sin embargo, aunque son responsables por el mal que hagan, es evidente, no obstante, que ellos hacen lo que la mano y el consejo de Dios determinan con anticipación de que sea hecho.

Los hombres pueden hacer cosas malas contra nosotros, por las cuales serán condenados. Pero esas mismas cosas, que son permitidas por la sabiduría y el amor de Dios, son sus mensajes para nosotros. Antes que puedan llegarnos, tienen que pasar por su presencia envolvente e incluyente; y si pasan, entonces se convierten en la voluntad de Dios para nosotros; y humildemente tenemos que aceptar la disciplina de nuestro Padre, y decir: «No sea como yo quiero, sino como tú».

Nadie puede escapar por completo de los designios personales de Dios. Las redes de Dios no están todas tejidas con el mismo tipo de malla. Los hombres pueden escapar de algunas de ellas; pero no de todas: *«Y el que escape de la espada de Hazeel, Jehú lo matará; y el que escape de la espada de Jehú, Eliseo lo matará».*

No leemos que Eliseo alguna vez manejara la espada; y, con todo, el ministerio del amor manso es algunas veces más potente para abatir almas que el ministerio más vigoroso de Hazeel o de Jehú; y de tal matanza surge la vida.

Y cuando vemos en torno a nosotros toda la gama de ministerios de que está lleno el mundo, podemos estar seguros de que cada individuo tiene, por lo menos, una oportunidad; y que Dios ordena las vidas de los hombres de tal manera que durante su jornada terrenal se vean confrontados con la clase de argumento más apropiado para su carácter y temperamento, si no más le ponen atención y se entre-

gan. Dios nunca pasa por alto a ninguno de los suyos. Elías pensó que sólo él había quedado como amante y adorador de Dios. Esa era una gran equivocación. Dios tenía muchos seguidores escondidos. No sabemos los nombres ni la historia de ellos. Probablemente eran personas desconocidas en los círculos sociales, ignoradas, de corazón sencillo y humildes. Lo único que habían hecho fue dar testimonio con su actitud de negarse a participar en los ritos necios de la idolatría.

Pero todos eran conocidos de Dios. Él los cuidó con infinita solicitud; y por amor a ellos levantó al bondadoso y manso Eliseo para que llevara a cabo la edificación y disciplina de sus almas.

Para mí ha sido siempre motivo de admiración el hecho de que estos siete mil discípulos secretos se mantuvieran tan anónimos que escaparan al conocimiento de Elías. Es de temer que la santidad de estos seguidores ocultos fuera tan vaga y descolorida que se necesitaba a un Dios omnisciente para notarla. Pero, no obstante, Dios la advirtió...

Querido lector, puede que su vida le parezca débil e insignificante; pero si tiene tan sólo una chispa de fe y amor, y si se esfuerza por mantenerse sin mancha ante el mundo, será reconocido por Dios. Si su vida interna es genuina, no permanecerá para siempre en secreto: romperá a arder como un fuego oculto durante largo tiempo, saldrá a la luz como la semilla que se entierra en la cual hay un germen de vida.

Capítulo 14

La viña de Nabot

En una habitación del palacio, Acab, rey de Israel, yacía sobre su lecho, con la cara vuelta hacia la pared, y se negaba a comer. ¿Qué había ocurrido? ¿Había caído el desastre sobre los ejércitos reales? ¿Había muerto su consorte? No; los soldados estaban aún enrojecidos a causa de las recientes victorias que habían logrado sobre Siria. La adoración de Baal se había recuperado mucho del terrible desastre del Carmelo; Jezabel, la re-

suelta, astuta, cruel y bella mujer, estaba ahora a su lado, buscando afanosamente la causa de la tristeza de él. La incógnita se nos despeja pronto...

En Jezreel estaba la residencia favorita de la casa real de Israel. En una ocasión en que Acab se hallaba allí, sus ojos divisaron una viña cercana que pertenecía a Nabot el jezeelita. Al rey le pareció la viña una adición tan valiosa a su propiedad que decidió conseguirla a toda costa.

En su impulso mandó buscar a Nabot y le ofreció cambiar su viña por otra mejor, o el valor de la viña en dinero. Para sorpresa e indignación del rey, Nabot no aceptó ninguna de las dos ofertas: «Y Nabot respondió a Acab: *Guárdeme Jehová de que yo te dé a ti la heredad de mis padres*» (1 R. 21:3).

A primera vista, este rechazo parecía grosero y falto de cortesía. Pero según la ley de Moisés, la tierra de Canaán era considerada, en un sentido peculiar, la tierra de Dios. Los israelitas eran los que ejercían la tenencia de la tierra; y una de las condiciones de esa tenencia era que ellos no vendieran aquello que les había correspondido en suerte, excepto en casos de extrema necesidad; y en esos casos, podían venderla sólo hasta el jubileo.

Nabot preveía que tan pronto como saliera de sus manos, su patrimonio se fundiría con la posesión real, y nunca podría liberarla. Con esta actitud, basada en su creencia, pudo decir bien: «Guárdeme Jehová de hacer eso». De manera que su denegación fue, en parte, un acto religioso.

Pero, sin duda, hubo algo más. Sus palabras, «*la heredad de mis padres*», nos sugieren otra razón muy natural de su renuncia: durante generaciones, sus padres se habían sentado debajo de esas vides y árboles; allí había pasado él los años soleados de su niñez. El jugo que se exprimiera de todas las viñas de la vecindad jamás le compensaría la nostalgia de aquellos recuerdos queridos.

El hecho de que Nabot le negara la viña hizo que Acab saltara a su carroza y volviera a Samaria; y malhumorado, volvió la cara hacia la pared, triste y enojado. Al final del capítulo anterior (véase 1 R. 20:43) vemos que Acab estaba disgustado con Dios; ahora vemos que dirige su violencia hacia un hombre.

A los pocos días se perpetró el horrible asesinato: de un solo golpe quedaron eliminados Nabot, sus hijos, y sus herederos. Y al quedar la propiedad sin herederos, naturalmente caería en las manos reales. Es entonces que Elías fue llamado de nuevo al servicio...

No sabemos cuántos años habían transcurrido desde que la palabra del Señor le había venido por última vez a Elías. Tal vez cinco o seis años. Durante todo ese tiempo, tuvo que haber esperado ansiosamente el bien conocido tono de aquella voz que deseaba oír una vez más. Y mientras los días tediosos pasaban lentos, prolongando su aplazada esperanza hasta convertirla en un lamento cada vez más profundo, el profeta interrogaba continuamente su alma y escudriñaba su corazón.

Acaso las horas, y aun los años, de silencio están llenas de oportunidades doradas para los siervos de Dios. En tales casos, nuestra conciencia no nos condena, ni nos incomoda con razón de nuestro propio entendimiento.

Nuestro sencillo deber consiste, pues, en mantenernos limpios y llenos del Espíritu; estar en la reserva para cuando el Maestro nos necesite, con la seguridad de que servimos sólo si nos quedamos allí quietos y en espera, sabiendo que Él aceptará y recompensará nuestra disposición al servicio.

Elías no fue desobediente. En una ocasión anterior en que su presencia se necesitaba urgentemente, Elías había salido huyendo para salvar su vida. Pero ahora no había vacilación ni cobardía. Se levantó y fue a la viña de Nabot, y entró en ella para buscar al rey criminal.

No le importó nada que detrás de la carroza de Acab fueran a caballo dos despiadados caudillos: Jehú y Bidcar (véase 2 R. 9:25). Por un momento ni siquiera pensó en que la mujer que antes había amenazado su vida ahora podría quitársela, enfurecida como estaba por la sangre de sus sacerdotes que recientemente él había derramado.

¿Quién no se regocija por el hecho de que Elías tuviera tal oportunidad de lavar la oscura mancha de la infamia? ¡No había sido perdido su tiempo de espera!

Nabot estaba fuera del cuadro; y Acab pudo haberse consolado, como aún lo hace la gente débil, con la idea de que él no era quien lo había matado. ¿Cómo podía él haberlo matado?

No se había movido de su lugar. Sencillamente había puesto su rostro hacia la pared, y no había hecho nada. Si recordó que Jezabel le había pedido su anillo real, para sellar con él y así dar validez a algunas cartas que ella había escrito en nombre de él, ¿cómo iba él a saber lo que ella había escrito? Por supuesto, si ella había dado instrucciones para que se matara a Nabot, ¡qué pena!, pero ya no podía hacerse nada; por todo lo cual ¿qué impedía ahora que tomara posesión de la heredad?

Con tales excusas, tuvo que apagar el último destello de conciencia que pudiera quedar en su corazón. Fue entonces cuando lo sorprendió una voz que no había oído durante años. La voz le dijo: «Así ha dicho Jehová: *¿No mataste, y también has despojado?»* (vs. 19).

Elías, guiado por el Espíritu de Dios, puso la carga de la culpa sobre los hombros donde correspondía.

Al principio, los actos de pecado arbitrario a menudo parecen prosperar: Nabot muere mansamente, la tierra absorbe su sangre, la viña pasa a manos del opresor... Pero hay Uno que ve y que muy ciertamente vengará la causa de sus siervos: «*Que yo he visto ayer la sangre de Nabot, y la sangre de sus hijos, dijo Jehová; y te daré la paga en esta heredad, dijo Jehová*» (2 R. 9:26).

Esa venganza podía demorar, pues los molinos de Dios muelen lentamente; pero sería tan cierta como el hecho de que Dios es Dios. Y, entretanto, en la viña de Nabot estaba Elías el profeta. «Y Acab dijo a Elías: *¿Me has hallado, enemigo mío?»* (1 R. 21:20).

Aunque el rey no lo sabía, Elías era su mejor amigo; Jezabel era su más terrible enemiga. Pero el pecado lo tuerce todo.

Del mismo modo, cuando los hombres malos piensan así de nosotros, ello es indicación de que nuestra influencia se opone a sus vidas.

Elías actuó como verdadero profeta. Cada una de las calamidades que predijo se cumplieron. Con un arrepentimiento parcial, Acab pospuso su cumplimiento durante unos tres años; pero al fin de ese tiempo volvió a sus malos caminos, y cada una de las predicciones se cumplió literalmente. Él fue herido por una flecha que un hombre disparó «a la ventura» en Ramot de Galaad, «y la sangre de la herida corría por el fondo del carro»; y cuando lavaron el carro en el estanque de Samaria, los perros lamieron su sangre.

Veinte años después ya no quedaba de Jezabel nada para enterrar; con excepción del cráneo, los pies y las palmas de las manos, que habían escapado de los voraces perros, mientras el cuerpo de ella yacía expuesto en el mismo lugar. El cuerpo muerto de Joram, el hijo de ellos, fue echado sin enterrar en la misma viña de Nabot, por mandato de Jehú, a quien nunca se le olvidaron las memorables palabras del profeta (véase 2 R. 9:25). Y es que Dios cumple no sólo sus promesas sino también sus amenazas.

Toda palabra dicha por Elías se cumplió al pie de la letra. Los años que fueron pasando lo vindicaron ampliamente. Y al llegar al fin de este trágico episodio de su carrera, nos regocijamos al saber que él volvió a ser sellado con el sello divino de la confianza y de la verdad.

Capítulo 15

Recuperando el valor

A fin de entender el sorprendente episodio que tenemos delante, no debemos juzgar según nuestras elevadas normas de perdón y amor, aprendidas en la vida y la muerte de Jesucristo, la última y suprema revelación de Dios. El Antiguo Testamento rebosa de sorprendente enseñanza acerca de la santidad y la justicia de Dios. Dios, nuestro Padre, fue tan misericordioso y resignado en aquel entonces como ahora. También entonces hubo abundantes vislumbres de su amoroso corazón.

Pero los hombres no pueden percibir demasiados pensamientos al mismo tiempo. Tienen que venirles las cosas línea por línea, precepto por precepto. Así que cada era preliminar tuvo alguna verdad especial que enseñar.

La edad de la ley mosaica, que ejerció su imperio sobre los tiempos de Elías, fue una era en que se destacaron de manera preeminente y masiva aquellos atributos impresionantes y espléndidos del carácter divino: la santidad, la justicia, la rectitud, la severidad contra el pecado. Sólo cuando esas lecciones se hubieron aprendido completamente, la humanidad pudo apreciar el amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Los críticos -quienes insensiblemente han tomado sus conceptos del amor infinito de los Evangelios que ellos mismos dicen que desprecian desapruaban el Antiguo Testamento a causa de su tono austero y de sus leyes severas. Señalan que en él hay muchas cosas que son inconsecuentes con el espíritu más manso de nuestros tiempos.

¡No hay nada de sorprendente en esto! No podía haber sido de otro modo en una manifestación gradual de la naturaleza y el carácter de Dios. Los santos hombres que vivieron en aquellos días nunca habían oído la tierna voz del Hijo del Hombre como cuando habló en el Sermón del Monte. Sin embargo, tenían conceptos muy definidos sobre la

rectitud y la santidad de Dios, y sobre su pronta indignación contra el pecado. Esto los estimuló a hacer obras que nuestra naturaleza rechaza. Si no hubiera sido por esto, Leví nunca hubiera matado a sus hermanos, ni Josué a los cananeos; Samuel nunca hubiera partido a Agag en pedazos delante del Señor; ni Elías hubiera asumido la función de matar a los sacerdotes de Baal, ni de pedir que descendiera fuego del Cielo para que destruyera a los capitanes junto con sus hombres.

Puede que la lectura de estas cosas nos lleve al autoexamen en la quietud de nuestro fuero interno. Haremos bien en preguntar si, concediendo que prescindamos de la manifestación externa, existe hoy día el mismo odio contra el pecado, el mismo celo por la gloria de Dios, el mismo entusiasmo inveterado a favor de la justicia, que hubo en aquellos días de fuerza, decisión e inflexible rectitud.

Estas consideraciones nos ayudarán a entender las cosas que más adelante se narran y exonerará el carácter de Elías del cargo de venganza y pasión. Esto nos capacitará para apreciar en verdad cómo resurgió en el pecho del profeta algo de su viejo intrépido valor y de su porte heroico.

Ocozías, el hijo de Acab, lo había sucedido, tanto en el trono como en los pecados. Rehuyó con cobarde temor la dura vida del campamento y los peligros del campo, y permitió así que Moab se rebelara sin intentar subyugarlo. Se entregó a una vida de indulgente complacencia en el palacio.

Pero los dardos de la muerte pueden hallarnos de igual manera cuando estamos en aparente seguridad como en medio de peligros amenazantes. Estando recostado en la baranda que protegía la azotea del palacio, de repente la baranda cedió y Ocozías cayó a tierra.

Cuando se repuso al primer pánico, el rey envió mensajeros a uno de los antiguos altares de Canaán, dedicado al dios Baal-zebul, el dios de las moscas, el santo patrono de la medicina, quien tenía cierta afinidad con el Baal de sus padres. Esto era un rechazo intencional de Jehová que no podía pasar desapercibido. Elías fue enviado a encontrarse con sus mensajeros cuando éstos iban cruzando aprisa la llanura de Esdraelón, y a darles el anuncio cierto de la muerte: «...así ha dicho Jehová: *Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás*» (2 R. 1:4).

Los criados no conocían a aquel extraño. Sin embargo, quedaron tan impresionados por aquella figura imponente y por aquel tono de autoridad, y tan afectados por el terrible anuncio, que decidieron regresar de inmediato al rey. Cuando le explicaron la razón de su rápido regreso, Ocozías tuvo que haber adivinado quién era el que se había

atrevido a atravesarse en el camino de ellos y a enviarle a él tal mensaje. Pero para estar más seguro les pidió que describieran al misterioso extraño. Ellos le respondieron que era «un varón que tenía vestido de pelo». Largas y pesadas trenzas de cabello no cortado le bajaban por los hombros; su barba le cubría el pecho y se mezclaba con las pieles toscas que constituían su única ropa. Era suficiente; el rey lo reconoció de inmediato, y dijo: «*Es Elías tisbita*» (vs. 8).

Dos emociones llenaron entonces su corazón. Desesperadamente deseaba tener a Elías en su poder para hacer caer su ira sobre él, y tal vez abrigaba también la secreta esperanza de que los labios que habían anunciado su muerte podían ser inducidos a revocarla.

Por tanto, resolvió capturarlo, y a ese fin despachó a un capitán con una tropa de cincuenta soldados. Y cuando éstos murieron quemados, volvió a mandar a otro capitán con sus cincuenta: «Varón de Dios, el rey ha dicho que desciendas» (vs. 11).

No había venganza personal en la terrible respuesta del viejo profeta. Yo creo que él estaba lleno de un fuego consumidor por la gloria de Dios, que tan rudamente había sido pisoteada: «Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del Cielo, y consúmeme con tus cincuenta» (vs. 12).

Y en ese momento descendió el fuego y derribó a los impíos blasfemos. En la disposición de Elías para ir con el tercer capitán, quien le habló con reverencia y humildad, se ve claramente que no había en él malicia: «Entonces el ángel de Jehová dijo a Elías: *Desciende con él; no tengas miedo de él*. Y él se levantó, y descendió con él al rey» (vs. 15).

Aquí se esboza una idea de la mansedumbre y dulzura de Cristo. ¡Qué maravilloso es pensar que Él, quien con una sola palabra pudo haber hecho descender fuego del Cielo para que destruyera a los soldados que fueron a arrestarlo al Getsemaní, no pronunciara esa palabra! Sólo los hizo caer a tierra un instante, para demostrarles que estaban absolutamente en su poder; pero se retuvo de tocar siquiera un cabello de sus cabezas. Y es que Jesús estaba bajo el apremio de una ley superior: la ley de la voluntad de su Padre, la ley del amor altruista, la ley del pacto sellado antes de la fundación del mundo.

El único fuego que Cristo buscó fue el fuego del Espíritu Santo. ¡Oh, qué incomparable mansedumbre! ¡Qué maravilloso dominio de Sí mismo! Que a cada uno de nosotros, sus indignos seguidores, se nos conceda la gracia de andar en sus pasos y de emular su espíritu; de no invocar el fuego de la venganza, sino buscar la salvación de aquellos que nos perjudicarían; de no invocar el fuego del Cielo, sino dejar que

las ascuas se amontonan sobre las cabezas de nuestros adversarios y los derritan en dulzura, bondad y amor.

Aquí también se sugiere la imposibilidad de que Dios alguna vez perdone el pecado desafiante y blasfemo. Es verdad que Dios suspira por los hombres con una indecible ternura que ruega. Él no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:9). En cada brote de pecado humano, en el destino de todos los perdidos, en cada refriega que se produce en la calle, en el peldaño de entrada a toda taberna, en medio de las orgías blasfemas que hay en toda guarida de impureza y vergüenza, ese amor de Dios aguarda, lleno de lágrimas, de anhelos, de ruegos...

«Porque de tal manera amó Dios al mundo...» (Jn. 3:16).

Y, sin embargo, lado a lado con este amor hacia el pecador está el odio de Dios contra el pecado. Esta paciencia sólo dura mientras haya la posible esperanza de que el transgresor se aparte de sus malos caminos. La ira de Dios contra los pecadores, que definitivamente decidieron pecar, tal vez dormita, pero no está muerta.

Se cierne sobre ellos y sólo es retenida por el deseo de Dios de dar a todos la oportunidad de la salvación. No obstante, la paciencia terminará al fin, como terminó la espera en los días de Noé. Entonces descenderá el fuego, del cual la llama material que cayó sobre estos soldados no es sino un símbolo leve e imperfecto.

Entonces se descubrirá lo amargo que es encontrarse con la ira del Cordero, *«cuando se manifieste el Señor Jesús desde el Cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al Evangelio de Jesucristo»* (2 Ts. 1: 7 y 8).

Necesitamos proclamar más este lado del Evangelio. Entre nosotros hay una falta alarmante de comprensión del pecado. Grandes multitudes son indiferentes al mensaje de misericordia, por cuanto no han sido despertadas con el mensaje de la santa ira de Dios contra el pecado. Necesitamos otra vez que alguien venga con el poder de Elías y haga la obra de Juan el Bautista y, con los dolores de la convicción, prepare a los hombres para el dulce ministerio de Jesucristo.

La necesidad clamorosa de nuestro tiempo es una convicción más profunda de pecado. Luego, cuando el fuego de la convicción de Elías haya derribado al polvo todas las confianzas humanas, habrá lugar para que un Eliseo restaure los corazones afligidos con el mensaje de la misericordia.

También se nos asegura que Elías fue plenamente restaurado para el ejercicio de una fe gloriosa. En alguna ocasión anterior la amenaza

de Jezabel había sido suficiente para hacerlo huir. Pero en este caso él se mantuvo firme, aunque una banda armada había venido a capturarlo. Y cuando se le dijo que descendiera con el tercer capitán y sin vacilación se presentara ante el rey, no titubeó, aunque tendría que pasar por las calles de la apiñada capital directamente hacia el palacio de sus enemigos.

¿No es bello contemplar este glorioso brote de la fe en Querit, en Sarepta y en el Carmelo? El viejo profeta, cuando ya estaba cercana su recompensa, estuvo tan vigoroso en esto como cuando le hizo el primer desafío a Acab. ¡Gloria a Aquel que restaura el alma de sus santos vacilantes y quiere usarlos una vez más en su glorioso servicio!

Capítulo 16

Oración vespertina

La bondadosa providencia de Dios permitió que Elías, tras una vida llena de tormentas y tempestades, disfrutase de un atardecer de luz, de paz y de reposo. Fue como si el espíritu de aquel mundo en que él estaba a punto de entrar estuviera ya derramando sus encantos sobre su sendero.

Siempre hay algo bello en los años postreros de uno que en la primera parte de su vida se atrevió a hacer algo noble y tuvo éxito. La antigua fuerza aún brilla en los ojos, pero sus rayos están atenuados por aquella ternura de la fragilidad humana y por aquel profundo conocimiento de sí mismo que sólo viene con los años. Tal parece haber sido el ocaso de la vida de Elías, y debe haber sido consolador para él el hecho de que se le concediera un tiempo de relativa calma al final de su agitada carrera.

Aquellos años de retiro fueron valiosos en sumo grado, tanto por sus efectos inmediatos en centenares de vidas jóvenes, como por sus consecuencias para el distante futuro. La vida de Elías se ha llamado «un ministerio de un solo hombre»; y este solo hombre fue, como ex-

clamó Eliseo, «¡carro de Israel y su gente de a caballo!». Él caracterizó su época. Sobresalió por encima de todos los hombres de su tiempo por sus hazañas heroicas y por sus obras de fuerza sobrehumana. Luchó solo contra las olas de idolatría y pecado que estaban arrasando la Tierra.

Aunque Elías tuvo amplio éxito en cuanto a impedir que muriera la causa de la verdadera religión, tuvo que haberse dado cuenta con frecuencia de que hacía falta llevar adelante la obra de una manera más sistemática y avivar el país de manera más completa con la influencia de hombres devotos. Así pues, bajo la dirección divina, él promovió celosamente, o tal vez inauguró, las «escuelas de los profetas». Cuando usamos la palabra «profeta» pensamos que se refiere a una persona que puede predecir el futuro.

Pero esto es causa de no poca confusión en el estudio de la Biblia. Su verdadero significado incluye la idea de predicción como parte de un conjunto más amplio. La palabra original «profeta» significa «rebotar o desbordarse». De modo que un profeta era uno cuyo corazón estaba rebosante con algo bueno, comunicaciones divinas que luchaban dentro de él por ser expresadas.

El profeta era el vocero de Dios. Así que estas escuelas de los profetas eran colegios en los cuales se reunía cierto número de hombres jóvenes con el corazón abierto para recibir y los labios dispuestos a pronunciar el mensaje de Dios.

En sus últimos años, Elías reunió a su alrededor la flor de los siete mil, y los educó para que recibieran y transmitieran algo de su propia fuerza espiritual y de su fuego. Estos fueron los seminarios misioneros de aquella época.

Tales jóvenes se agruparon en compañías separadas de cincuenta, en diferentes pueblos. Eran llamados «hijos»; y al principal, como el abad de un monasterio, se le llamaba «padre». Usaban ropa sencilla; comían juntos y vivían en cabañas hechas con maderas. Estos hombres estaban bien versados en los libros sagrados, los cuales ellos probablemente transcribían para la circulación y leían en público al pueblo.

Con frecuencia eran enviados a hacer diligencias del Espíritu de Dios: a ungir a algún rey, a reprochar a algún pecador altanero, o a ponerse de parte de los inocentes oprimidos o injuriados. De modo que no fue pequeña la obra que tuvo que realizar Elías para establecer estas escuelas sobre una base tan segura que, cuando él desapareciera, pudieran perpetuar su influencia de él y conservar vivas las llamas que él había encendido.

Nos impresiona profundamente la calma de espíritu que el profeta tuvo en sus últimos días. Él sabía que antes que pasaran muchos soles, estaría en la luz de la eternidad, junto a sus colegas, entendiendo todos los misterios que habían dejado perplejo su anhelante espíritu y viendo el rostro de Dios.

Pero pasó esos días, como antes lo había hecho con frecuencia, visitando las escuelas de los profetas, o conversando tranquilamente con su amigo, de cuyo lado una carroza lo arrebató al final. La consideración de esta escena nos enseña que un hombre bueno debe vivir de tal manera que no necesite ninguna preparación especial para cuando de repente lo llame la muerte, y que nuestra mejor actitud para esperar el paso de este mundo al otro consiste en continuar cumpliendo los deberes de la vida diaria.

Wesley dio una sabia y verdadera respuesta a la siguiente pregunta: «¿Qué haría usted si supiera que habría de morir dentro de tres días?». «Simplemente haría lo que ya tengo planificado hacer: servir en un lugar; encontrarme con mis predicadores en otro; alojarme en otro; hasta que llegue el momento en que yo sea llamado a entregar mi espíritu a Aquel que lo dio». Debemos desear ser hallados, cuando nos llegue la llamada, haciendo el trabajo que se nos ha asignado, y en el lugar donde el deber demanda nuestra presencia en esa hora. El taller y la fábrica están tan cerca del Cielo como el santuario; la tarea que Dios nos ha dado es una altura tan bella para la ascensión como el Monte de los Olivos o el de Pisga.

A pesar de que Elías trató de persuadir a su discípulo muchas veces para que no lo hiciera, Eliseo lo acompañó en el escarpado descenso hacia Betel y Jericó. El historiador sagrado destaca el poder del afecto que existía entre los dos usando en plural el verbo en tres oportunidades: «Descendieron, pues», «vinieron, pues», «fueron, pues». Y la fuerza de ese amor se manifestó también en la repetida aclamación: «Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré» (2 R. 2:4).

Es dulce pensar que en la naturaleza fuerte y ruda de Elías había cualidades tan atractivas que podían despertar un afecto tan profundo y tenaz. Captamos una vislumbre de un lado más tierno al cual apenas se le ha prestado atención. Una rara emoción inundaba también los corazones de los jóvenes, cuya reverencia por el profeta corría pareja con el amor que él les tenía, mientras veían a su maestro por última vez.

Pero en la relación que hubo entre ellos, ¡qué real pareció ser el Señor, y cuán cercano pareció estar! Para Elías, el Señor era quien lo enviaba de lugar en lugar. Para Eliseo, el que lo enviaba de un lugar a

otro era el Señor viviente a quien Elías acudía constantemente, el Señor que vivía en el otro lado del gran cambio por el cual su señor había de pasar hacia Él. Para los profetas, el Señor era el que les quitaba a su maestro y adalid para llevárselo consigo. Ciertamente los que hablan así han llegado a una posición en la que pueden encontrarse con la muerte sin ningún temblor.

Capítulo 17

El traslado

Al fin hemos llegado a una de las escenas más sublimes del drama del Antiguo Testamento. Con sólo una o dos fuertes pinceladas se nos dice todo lo que podemos saber. El velo de la distancia, o de la elevación de las montañas, fue suficiente para ocultar las figuras de los dos profetas que se alejaban de la mirada anhelante del grupo que los observaba desde las cercanías de Jericó.

Y la deslumbrante gloria del cortejo celestial hizo que el único espectador no pudiera ver muy de cerca. ¡No es nada extraño, entonces, que el relato se nos ofrezca en tres breves declaraciones!

«Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al Cielo en un torbellino» (vs. 11).

Los dos amigos hicieron un breve alto ante las anchas aguas del Jordán, que amenazaba con impedirles el paso; y Elías tomó su bien desgastado manto, lo dobló y golpeó las aguas. Estas se apartaron a uno y otro lado, y dejaron un camino claro por donde ellos pasaron.

El lugar fue el adecuado. No ocurrió en Esdraelón, ni en Sinaí, ni en las escuelas de Gilgal, Betel o Jericó, sino en el escenario familiar de su juventud; en un sitio desde el cual se divisaban lugares que estaban relacionados con los sucesos más memorables de la historia de la na-

ción, rodeado por la solitaria grandeza de algún desfiladero. Allí Dios envió su carro para llevar a Elías a su hogar.

También el método fue adecuado. Elías mismo había sido como un torbellino que arrasa todo lo que está delante con su impetuosa carrera, y deja una estela de devastación y ruina. Fue adecuado que un hombre «torbellino» fuera arrebatado al Cielo en el mismo elemento de su vida. Nada más apropiado que el hecho de que la energía tempestuosa de su carrera se fundiera en la espiral del torbellino, y la intensidad de su espíritu, en el fuego que hacía fulgurar a los serafines enjaezados. ¡Qué contraste el que hay entre esto y el suave movimiento hacia arriba de nuestro Salvador en su ascensión!

Fue asimismo adecuada la exclamación con que Eliseo se despidió de Elías: «¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!» (vs. 12).

Aquel hombre, a quien él había llegado a amar como a un padre, había sido en realidad una carroza armada de defensa para Israel.

¡Ay, tales hombres son raros! Pero en nuestro tiempo los hemos conocido, y cuando de repente han sido quitados de nuestro lado, hemos sentido como si la Iglesia hubiera sido despojada de una de sus columnas principales de seguridad y auxilio.

Una de las principales razones de este traslado fue, sin duda, que sirviera como un testimonio para su época. Los hombres de su tiempo pensaban poco en la vida después de la muerte. En el mejor de los casos, los judíos sólo tenían nociones vagas de la otra vida. Pero aquí se dio una evidencia convincente de que hay un mundo en que entran los justos; y de que, cuando el cuerpo muere, el espíritu no participa de su destino, sino que entra en un estado de ser en que los instintos más nobles hallan su ambiente propio y su hogar: el fuego con el fuego; el espíritu con el espíritu; el hombre de Dios con Dios.

Un testimonio similar se les dio a los hombres del tiempo de Enoc, cuando éste fue arrebatado antes del diluvio; y también se dio igual testimonio mediante la ascensión de nuestro Señor desde el Monte de los Olivos. ¿Dónde terminaron estos tres maravillosos viajes, que no fuera un sitio de destino apropiado como término o meta?

Y al difundirse las noticias, que produjeron en todos los que las oían una misteriosa reverencia, ¿no hubieran hecho nacer en ellos la convicción de que ellos de igual manera tendrían que hacer ese maravilloso viaje hacia lo invisible, remontándose más allá de los mundos, o hundiéndose en el abismo insondable?

Otra razón fue que Dios, evidentemente, quiso sancionar de manera impresionante las palabras de su siervo. ¡Qué fácil era para los

hombres de aquel tiempo evadir la autoridad del ministerio de Elías, afirmando que éste sólo era un entusiasta, un alarmista, un revolucionario! Y si él hubiera muerto en la edad senil, se habrían sentido más animados aún en sus impías conjeturas. Pero las bocas de los blasfemos y contradictores quedaron cerradas cuando Dios puso un sello tan conspicuo sobre el ministerio de su siervo.

El traslado fue para la obra que hizo Elías en vida lo que la resurrección fue para Jesús: un innegable testimonio de Dios para el mundo.

Tengamos cuidado de no decirle a Dios lo que debe hacer. Éste fue el hombre que se tiró a tierra y le pidió a Dios que le quitara la vida. ¡Cuán bueno fue que Dios se negó a contestarle lo que anhelaba! ¿No fue mejor que él pasara de este mundo, echado de menos y amado, en la carroza que su Padre había enviado para él?

Sin duda alguna, esta es una de las razones por las cuales nuestras oraciones se quedan sin respuesta. No sabemos lo que pedimos. La próxima vez en que nos sea denegada una petición, pensemos que eso se debe a que Dios está preparando algo para nosotros que es mucho mejor que lo que le pedimos, así como el traslado de Elías fue mucho mejor que lo que él pidió para sí.

Aprendamos también lo que es la muerte. Es un traslado; pasamos por una puerta, cruzamos un puente donde hay sonrisas y, luego, irrumpimos la oscuridad hacia la luz. No hay intervalo de inconsciencia, ni un paréntesis de suspenso inanimado. «Ausentes del cuerpo», pero instantáneamente «presentes al Señor».

Como por un solo acto de nacimiento, entramos en esta vida baja, así por un sólo acto -que los hombres llamamos muerte, pero que los ángeles llaman nacimiento (pues Cristo es el primogénito de entre los muertos)- pasamos a la vida real. El hecho de que Elías apareció en el Monte de la Transfiguración en santa comunión con Moisés y con Cristo demuestra que los muertos bienaventurados son los que realmente viven, y que entraron en esta vida en un solo momento, el momento de la muerte.

Algo referente a este augusto acontecimiento estuvo en la mente del gran predicador galés Christwas Evans cuando, agonizante, movió majestuosamente la mano en señal de despedida a los que estaban cerca y, mirando hacia arriba con una sonrisa, pronunció sus últimas palabras: «¡Adelante! Las carrozas de Dios son veinte mil».

Capítulo 18

Porciones del espíritu de Elías

Se nos dice que luego de haber pasado el Jordán, los dos amigos iban hablando. ¡Tuvieron que haber discutido temas sublimes mientras se hallaban en los mismos confines del Cielo y en el vestíbulo de la eternidad! La apostasía de Israel cuya condenación se aproximaba, la perspectiva de la obra para entrar a la cual se estaba preparando Eliseo: estos temas y otros afines tuvieron que haberlos ocupado.

En el transcurso de esta conversación, Elías dijo a Eliseo: *«Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti»* (vs. 9). Era una puerta que el amigo mayor abría completamente para su amigo menor.

Eliseo no buscó riqueza, ni posición, ni poder del mundo, ni una participación en aquellas ventajas a las cuales dio la espalda para siempre cuando se despidió de su hogar, de sus amigos y de las perspectivas del mundo...

«Y dijo, Eliseo: *Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí»*.

¿Qué quiso decir Eliseo con esta petición? Él estaba solicitando se considerado como el hijo mayor de Elías, el heredero de su espíritu, el sucesor de su obra. Hay un pasaje en la ley de Moisés en que se indica claramente que la «doble porción» era derecho del primogénito y heredero (véase Dt. 21:17). Esto fue lo que el profeta buscó; y esto fue ciertamente lo que obtuvo.

¡Fue una petición noble! Evidentemente Eliseo fue llamado a continuar la obra de Elías; pero él sentía que no se atrevía a emprender sus responsabilidades, ni a enfrentarse a sus inevitables peligros, a menos que fuera especialmente equipado con poder espiritual.

No tenemos que rehuir el intento de hacer la obra de Elías si antes hemos recibido el espíritu de Elías. No hay obra a la cual Dios nos llame para la cual no nos haya preparado y considerado aptos.

No olvidemos que el mismo Elías hizo lo que hizo, no por sus cualidades inherentes, sino porque por medio de la fe había sido ampliamente dotado por el Espíritu de Dios; ni olvidemos que lo que él hizo podemos nosotros volverlo a hacer -los más débiles y humildes pueden hacerlo- si sólo estamos dispuestos a esperar, velar y orar, hasta que el Pentecostés irrumpa en nosotros, con su sonido de viento recio y sus lenguas de fuego, o sin ellas.

Entendamos ahora claramente las dos condiciones que se le impusieron a Eliseo...

En primer lugar, tenacidad en el propósito. Elías lo probó severamente en cada paso del viaje de despedida. Repetidamente le dijo: «Quédate aquí». Pero Eliseo sabía lo que buscaba; él entendía el significado de la disciplina a que estaba siendo sometido; y con la prueba severa, creció su resolución heroica, como las aguas de una corriente se acumulan contra una represa que las detiene, hasta que pasan sobre ella y siguen como un torrente por el lecho del río.

¡Con cuánta frecuencia nos persuadimos de que podemos adquirir las más grandes bendiciones espirituales sin pagar el precio equivalente!

Fue así como Jacobo y Juan pensaron que podían obtener cada uno un puesto al lado del trono con sólo pedirlo. No comprendían que la cruz precedía a la corona; ni que la amarga copa del Getsemaní estaba entre ellos y el himno de coronación. Tenemos que pasar el Jordán; tenemos que tomar diariamente la cruz y seguir a Jesús; tenemos que conformarnos a Él en la semejanza de su muerte y en la comunión de sus padecimientos; la voluntad divina tiene que ser aceptada con amor, aunque cueste lágrimas de sangre y amargo dolor. Luego, una vez evidenciada la firmeza de nuestro propósito, habremos demostrado que somos dignos de recibir el supremo don de Dios.

En segundo lugar, se le otorgó discernimiento espiritual. «Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así; mas si no, no» (2 R. 2:10).

No había nada arbitrario en esta demanda. Para ver las transacciones del mundo del espíritu se requiere un espíritu de una pureza no ordinaria, y de una fe no ordinaria. El simple ojo mortal no hubiera podido ver el cortejo de fuego. Los sentidos embotados por la pasión, o cegados por el materialismo, no hubieran podido ver el espacio ocupado por los serafines de fuego; les hubiera parecido desprovisto

de ningún interés especial y vacío como el resto del escenario circundante. Tal vez en todo Israel no había otro individuo que tuviera un corazón lo suficientemente puro, o una naturaleza espiritual lo suficientemente penetrante como para ser sensible a tan gloriosa visita. Pero, puesto que Eliseo lo vio todo, ello era clara indicación de que había dominado sus pasiones; su temperamento se había refinado y su vida espiritual era saludable.

He aquí, pues, la respuesta: «*Alzó luego el manto de Elías que se le había caído...*» (vs. 13).

¡Ah, ese manto que se cayó! ¡Cuánto significaba! Se dice que el hecho de otorgar el manto siempre ha sido considerado por el pueblo oriental como parte indispensable de la consagración para un oficio sagrado. Por tanto, cuando el manto de Elías flotó hasta los pies de Eliseo, éste entendió de inmediato que el mismo Cielo le había ratificado su petición, creyó que había sido ungido con el poder de Elías.

Si con fe y paciencia suplicamos del Padre Celestial que nos dé la plenitud del Espíritu Santo, jamás debemos preguntarnos si nos sentimos llenos. Tenemos que creer que Dios ha cumplido la palabra que nos ha dado y que estamos llenos, aunque no hayamos tenido señales celestiales de la entrada de ese glorioso poder.

Pero otros se darán cuenta de que en nosotros está presente algo que nunca antes tuvimos, cuando nos vean junto a un caudaloso Jordán, cuyas aguas turbulentas se separan y nos dejan pasar al golpe de nuestro manto.

Tan pronto como recibamos algún gran don espiritual, demos por cierto que será sometido a prueba. Así ocurrió con Eliseo:«...volvió, y se paró a la orilla del Jordán» (vs. 13).

¿Vaciló? En tal caso fue sólo por un momento. Eliseo había visto a Elías en el momento de partir y creyó, por tanto, que una doble porción de su espíritu había caído sobre él. De modo que con la seguridad de su fe tomó el manto de Elías, que había caído sobre él, golpeó las aguas y dijo: «*¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?*»

Y así que hubo golpeado del mismo modo las aguas, se apartaron a uno y a otro lado, y pasó Eliseo. Viéndole los hijos de los profetas que estaban en Jericó al otro lado, dijeron: *El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo*» (vs. 14 y 15).

«¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?», este clamor se ha levantado a menudo cuando la Iglesia, despojada de sus pastores, se ha visto frente a frente con alguna dificultad grande y aparentemente insuperable. Y algunas veces ha habido más desesperación que esperanza en este clamor.

Pero aunque Elías se va, el Dios de Elías permanece.

Dios se lleva a sus obreros rendidos al Cielo; pero tiene el cuidado de proveer reemplazos y de ungir a otros para que continúen la obra. Recojamos nosotros el manto del que partió. Sigamos su ejemplo, busquemos su espíritu; golpeemos las amargas aguas de la dificultad con una fe firme; y descubriremos que el Señor Dios de Elías hará tanto por nosotros como por los santos que han sido arrebatados a recibir su recompensa y que ahora están entre la gran nube de testigos que observan nuestros conflictos, triunfos y alegrías.

Capítulo 19

La transfiguración

No obstante, el cansancio de su labor, Jesús dedicaba tiempo a la conversación privada con sus amigos. Tenía que prepararlos para la tragedia que se aproximaba, de la cual ellos estaban curiosamente inconscientes. Iba viajando hacia el norte con sus discípulos, evitando el paso por pueblos grandes, hasta que llegaron a una de las aldeas más pequeñas, asentada en las laderas del monte Hermón.

Pasados ocho días, a la hora en que las sombras de la noche caían sobre el mundo, Jesús tomó consigo a Pedro, Jacobo y Juan, y los llevó a una cumbre cercana, apartada de la vista y del sonido de la gente. El Señor iba a prepararse para el venidero conflicto por medio de la oración, y tal vez los tres discípulos favoritos le proveerían comunión para la primera parte de la noche. Pero ellos pronto se cansaron; como ocurrió después en el Getsemaní, no tardaron en quedarse dormidos, aunque en parte conscientes de la presencia de su Maestro mientras Él derramaba su alma con fuertes gemidos y lágrimas.

No sabemos cuántas horas pasaron antes que despertaran con un sobresalto de sopor, no por el tenue fulgir del amanecer sino por efecto del intenso resplandor de gloria que emanaba de la Persona de su

Maestro. La apariencia de su rostro cambió; «resplandeció su rostro como el sol» (Lc. 9:29). Su resplandor no era un reflejo procedente de afuera, como el de Moisés, sino que irradiaba desde adentro, como si la gloria (*Shekinah*), escondida durante tanto tiempo, estuviera filtrándose a través del frágil velo de la carne: «Su vestido se hizo (...) blanco y resplandeciente».

Era más resplandeciente que la nieve reluciente que estaba más arriba; parecía como si los ángeles lo hubieran tejido de luz. Pero tal vez la maravilla más grande de todas fue la presencia augusta de dos hombres, los cuales eran Moisés y Elías, «quienes aparecieron rodeados de gloria y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén» (vs. 31).

Ciertamente, el Señor se estaba acercando a la hora más oscura de su camino, cuando como Hijo de Dios sería llevado a un suplicio de ignominia y vergüenza. El mismo Cielo se puso en movimiento para asegurar a sus amigos y convencer al mundo de la naturaleza especial que había en Él.

¿Debía Dios comisionar para esto a los serafines? No, porque los hombres simplemente quedarían deslumbrados. Mejor enviar de regreso a algunos de la familia humana, cuyas obras ilustres aún sobrevivían en el recuerdo de la humanidad, lo cual daría poso al testimonio de ellos. Sin embargo, ¿a quiénes seleccionar?

Hubiera sido bueno enviar al primer Adán, para que diera testimonio de la suprema dignidad del Segundo; o a Abraham, el padre de los que creen. Pero estos dos fueron dejados en favor de otros dos que podrían tener más influencia sobre los hombres de ese tiempo como representantes de dos grandes departamentos del pensamiento judío y de la Escritura: Moisés, el fundador de la ley, y Elías, el más grande de los profetas.

Es imposible exagerar la prominencia que tenía Elías en la mentalidad judía. En la circuncisión de un niño, siempre se colocaba un asiento para él; y en la celebración anual de la Pascua en cada hogar, se servía vino para que él tomara. Era creencia general que él habría de volver para anunciar el advenimiento del Mesías. Por tanto, el hecho de que él había estado junto a Jesús de Nazaret para rendirle homenaje y ofrecerle ayuda ejercía enorme influencia en aquellos discípulos, y a través de ellos en la posteridad. Y fue en parte el recuerdo de Pedro del homenaje que Elías le había rendido a su Maestro lo que lo llevó a decir años más tarde que él había sido testigo ocular de su majestad.

Otra razón de que estos dos hombres de fe fueran los comisionados para hablar con el Señor puede hallarse en la circunstancia peculiar en que los dos abandonaron el mundo. Moisés murió, no por enfermedad ni por decadencia natural, sino con un beso de Dios. Su espíritu pasó sin dolor y de manera misteriosa a la gloria, mientras Dios se encargaba de enterrar su cuerpo. Elías no murió. La enfermedad y la vejez no hicieron nada para quitar lo material de su ser. Simplemente, fue arrebatado en un carro hacia el Cielo...

Pero aún otra razón se sugiere: el evidente cumplimiento de su ministerio. Moisés y Elías habían sido enviados originalmente a preparar el camino para el Cristo.

«Hemos hallado -dijo Felipe- a Aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas» (Jn. 1:45).

El mismo Pedro estuvo preparado para tratar a Moisés y a Elías en igualdad de condiciones con su Maestro, pues quiso hacer tres enramadas. Por tanto, Moisés y Elías fueron arrebatados en una nube, y no quedó sino «Jesús solo»; y se oyó una voz de Dios que insistió en que Pedro y los otros dos discípulos sólo debían oírle a Él. Fue como si Dios hubiera dicho: «Como vosotros habéis oído la ley y los profetas, así ahora, oíd a mi Hijo. No os pongáis otra vez bajo la ley, ni os conforméis con los profetas por más altos que sean sus ideales y ardientes sus palabras; sino pasad de la esperanza a la realidad, del símbolo al cumplimiento perfecto».

Moisés, Elías y el Señor no hablaron de las últimas noticias del Cielo, ni de su maravilloso pasado; ni tampoco del distante futuro. Hablaron acerca de la partida que Jesús habría de emprender pronto en Jerusalén.

Este tema llenaba el Cielo. Los ángeles estaban sumidos en asombro, reverencia y amor al observar cada paso hacia la señalada meta. ¿No podemos imaginar que toda la vida del Cielo se paralizó e hizo una pausa ante aquella estupenda tragedia? Era, pues, natural que estos recientes visitantes procedentes de las celestiales alturas hablaran sobre el más fascinante de los temas en la Tierra de la cual ellos habían salido.

La propia salvación de ellos descansaba en el significado de aquella portentosa muerte. Si alguna vez hubo hombres que hubieran podido tener la oportunidad de ser aceptados por sus propios méritos, ciertamente éstos eran de tales hombres. Pero ellos no tenían méritos propios. Su única esperanza de salvación estaba donde está la nuestra: en que Cristo venciera el aguijón de la muerte y abriera el Reino del Cielo para todos los que creen.

Y ciertamente nuestro Señor los hubiera guiado a insistir en un tema que con tanta persistencia ocupaba su mente. Jesús vivía esperando la hora de su muerte. Para esto había nacido.

Pero ahora parecía muy cercana. Ya estaba dentro de la sombra de la cruz. Y tuvo que haber sido estimulante para Él hablar con estos espíritus elevados acerca de los diversos aspectos del gozo que estaba puesto delante de Él. Moisés pudo haberle recordado que si como Cordero de Dios tenía que morir, como Cordero de Dios redimiría incontables almas. Elías pudo haber insistido en la gloria que eso le daría al Padre.

Veamos cómo contemplan los hombres la obra de Cristo a la luz de la eternidad. Ellos no abundaron primariamente en el misterio de la santa encarnación, o en la filantropía de la vida de Él, o en el contenido de sus enseñanzas. Todas estas cosas empequeñecen en comparación con su muerte. Esta es la pieza maestra. Los atributos de Dios hallan aquí su más completa y armoniosa ejemplificación.

En la muerte de Cristo se hace frente al problema del pecado humano y de la salvación, y se resuelve. Cuanto más nos acerquemos a la cruz, y cuanto más meditemos en la muerte que se cumplió en Jerusalén, tanto más nos acercaremos al centro de las cosas, tanto más profunda será nuestra armonía con nosotros mismos y con todos los demás espíritus nobles, y con el mismo Dios.

Subamos, pues, a esa montaña frecuentemente, con santa reverencia; recordando que en todo el universo no hay espíritu más profundamente interesado en los misterios y en el significado de la muerte de nuestro Salvador que el noble profeta que ahora no busca honor más alto que el de estar para siempre cerca de su amado Maestro, como lo hizo Elías, durante breve tiempo, en el Monte de la Transfiguración.

Entre las miríadas de estrellas que brillarán para siempre en el firmamento del Cielo, ninguna brillará con más brillante y constante gloria que Elías, un hombre que estuvo sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, quien fue llevado al Cielo sin que lo tocara la muerte, y estuvo junto a Cristo en el Monte de la Transfiguración. Profeta de fuego, hasta entonces, ¡adiós!

Capítulo 20

Lleno del Espíritu Santo

Qué podemos hacer en nuestra vida breve, si estamos dispuestos a ser sencillamente canales vivientes a través de los cuales descienda el poder de Dios hacia otros? En este caso, el potencial de utilidad de nuestra vida no tiene límite. Lo único que se necesita es un medio de comunicación entre dos; ¿por qué no ser nosotros tal medio?

Hay una espléndida ilustración de esto en la vida de Elías, de la cual ya nos vamos a despedir. Durante más de cien años la marejada se había levantado furiosa contra la verdad de Dios. La idolatría había pasado de la adoración de los becerros de Jeroboam a la adoración de Baal y de Astarot; junto con las orgías licenciosas y los horribles ritos que acompañaban al antiguo culto que se rendía a las fuerzas de la naturaleza. El sistema era mantenido por una inmensa organización de astutos sacerdotes que habían surgido en la vida nacional como un brote de hongos, y habían echado profundas raíces en los corazones.

En medio de tal situación se presentó Elías, sin armas, procedente de las montañas del otro lado del Jordán, donde había nacido. Era un montañés desgreñado, rudo; no acostumbrado a los modales de la corte ni al conocimiento de las escuelas. Y enseguida experimentó un decisivo freno al avance de la idolatría. Elías vindicó la existencia y el poder de Jehová. Infundió nuevo coraje al remanente de verdaderos discípulos. Reedificó los altares; abrió escuelas para la preparación de los jóvenes piadosos; fue escogido un sucesor para él; y en general le dio un ímpetu a la causa de la verdad que repercutió a través de muchas generaciones.

Tal vez el mayor tributo al poder que ejerció Elías sobre sus contemporáneos sea el hecho de que su nombre y su obra se destacaron

de manera resuelta y definida durante novecientos años después de su muerte, sobrepasando la escuela entera de los profetas judíos y sirviendo de modelo al precursor de nuestro Señor. Malaquías, el último profeta, no pudo hallar mejor símbolo del pionero de Cristo que el famoso profeta que, siglos antes, había sido llevado al Cielo en un carro de fuego: «He aquí, Yo os envío al profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible» (Mal. 4:5).

Gabriel no halló forma mejor de comunicar al anciano sacerdote el símbolo del maravilloso hijo que habría de alegrar su ancianidad que el nombre de Elías: «E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías» (Lc. 1:17).

Cada vez que un intenso avivamiento espiritual conmovía al país, el pueblo tenía la costumbre de pensar que el profeta del Carmelo había regresado a la Tierra. Fue así que una delegación le preguntó a Juan el Bautista: «¿Eres tú Elías?» (Jn. 1:21). Y cuando Uno más poderoso que Juan hubo puesto a todos los hombres a meditar en sus corazones, como los discípulos le dijeron a nuestro Señor, muchos del común del pueblo creyeron que la larga expectación de los siglos se había cumplido, y que Elías se había vuelto a levantar.

Todas estas cosas son evidencia de la cimera grandeza del carácter y la obra de Elías. Él fue un gran hombre y realizó una noble obra. El secreto de todo consistía en que estaba lleno del Espíritu Santo.

Dios tomará mujeres y hombres, ancianos y niños, siervos y siervas de esta época de decadencia y los llenará con su Espíritu. Luego, cuando, como Juan el Bautista, estemos llenos del Espíritu Santo, iremos como él delante de nuestro Señor «con el espíritu y el poder de Elías».

Fue esta plenitud del Espíritu Santo lo que caracterizó a la Iglesia. En el día del Pentecostés todos fueron llenos del Espíritu Santo: mujeres y hombres, oscuros discípulos e ilustres apóstoles. A los nuevos convertidos, como Saulo de Tarso, se les dijo que esperaran esta bendita plenitud. Los diáconos que eran llamados a cumplir funciones seculares en la Iglesia tenían que estar llenos del Espíritu Santo.

El hecho de que Bernabé era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo, significaba una recomendación más grande que el de haber donado sus heredades. Y aun iglesias, como las de las partes montañosas de Galacia, a poco de haber sido fundadas como resultado de la obra misionera del apóstol Pablo, fueron llenas del Espíritu Santo. De hecho, a los cristianos del primer siglo se les enseñó que esperaran esta bendita plenitud. Y la Iglesia Primitiva era un grupo de individuos llenos del Espíritu Santo. Si había alguna persona que no estaba

llena de la presencia de Dios en el Espíritu Santo, eso era probablemente la excepción, no la regla.

Pero dicho Pentecostés tuvo simplemente el propósito de ser el modelo y el símbolo de todos los días y de todos los años de la era actual. Y si nuestros tiempos parecen haber caído mucho más abajo de este bendito nivel, ello se debe a que la Iglesia ha descuidado esta santa doctrina.

La Iglesia ha estado paralizada sencillamente por falta del único poder que puede mucho en su conflicto contra el mundo: un poder que le prometió claramente el Señor cuando ascendió. Si somos cristianos, no hay duda de que Él está en nosotros, pero nunca debemos contentarnos hasta que Él esté en nosotros con poder. No como un aliento, sino como un viento poderoso; no como un arroyuelo, sino como un torrente; no como una influencia, sino como una Persona potente y enérgica.

No obstante, se requieren ciertas condiciones para ser llenos del Espíritu...

En primer lugar, tenemos que desear ser llenos para la gloria de Dios:«...sea magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte» (Fil. 1:20).

En segundo lugar, hemos de presentarnos a Dios como vasos limpios. Dios no depositará su Don más precioso en receptáculos inmundos. Necesitamos ser limpiados con la preciosa sangre de Cristo antes de poder esperar que Dios nos dé lo que buscamos. No podemos esperar estar libres del pecado inherente en nosotros, pero por lo menos podemos ser lavados en la sangre de Cristo de toda inmundicia y mancha de la cual seamos conscientes.

Además, hemos de estar preparados para permitir que el Espíritu Santo haga lo que quiera con nosotros y a través de nosotros. No debe haber reserva, nada que se retenga, ningún propósito contrario. Toda la naturaleza tiene que estar desligada de trabas, y toda parte de ella rendida. No ofrezcamos resistencia a la obra del Espíritu Santo. No olvidemos que Dios da el Espíritu Santo a los que le obedecen (Hch. 5:32).

Y, por supuesto, hemos de que recibir al Espíritu por fe. El Espíritu Santo ha sido dado a la Iglesia. No necesitamos luchar y agonizar; simplemente debemos tomar lo que Dios está esperando para darnos.

No alcanzaría el tiempo para enumerar todas las bendiciones que vendrán como resultado. La presencia del Espíritu Santo en el corazón, con toda su gloriosa plenitud, no puede ocultarse. Este concepto de su obra se enseña claramente mediante la palabra que seleccionó

el apóstol para describir los resultados de su morada en el creyente. Él llama a los resultados «el fruto del Espíritu». Y lo que sugiere profundamente el tranquilo crecimiento, y la exquisita belleza y la vida espontánea está en esa significativa expresión.

A saber, hay victoria sobre el pecado. La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos libra de la ley del pecado y de la muerte; así como la ley de la elasticidad del aire libra al pajarillo del poder predominante de la atracción de la gravitación. Tiene lugar la morada del Señor Jesús en el creyente. Cristo mora en el corazón por el Espíritu Santo.

Y esto no es nada figurado ni metafórico, sino una realidad que tiene sentido literal y glorioso. Hay también la vivificación de nuestro cuerpo mortal. Esta es una expresión que ciertamente se refiere a la resurrección, pero que también puede significar alguna fuerza especial y alguna salud que se imparte a nuestros actuales cuerpos mortales.

Hay, en definitiva, todas las gracias del Espíritu que vienen de la mano unas con otras: el amor trae gozo; el gozo, paz; y la paz, paciencia; y sigue de esa manera a través de toda la serie; de tal modo que el corazón llegue a estar lleno de ellas.

Y hay, finalmente, el poder para el servicio. Ya no tímidos ni aterrados, los apóstoles dan su testimonio con gran poder. El Evangelio viene con fuerza y demostración por medio de las vidas y los labios consagrados. Los demonios son echados, y grande multitudes llegan a los pies de Cristo. Esto y mucho más nos está esperando, con sólo que aprovechemos el privilegio y lleguemos a ser llenos del Espíritu Santo...

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, léanse los capítulos 17 al 19 y 21 del libro de 1º Reyes (véase también 2 R. 1 y 2; Lc 1: 15, 17; 19: 28-36).

Fin

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

Recursos cristianos para la edificación del cuerpo de Cristo

Contacto en Venezuela: E-mail tesoros cristianosv@hotmail.com

Teléfonos: 0412-4942934 / 04128843307

Contacto en Colombia: E-mail tesoros cristianos@gmail.com

Teléfonos: 571-7100312 / - 312 8879886

www.tesoroscristianos.net